



Fotografía: Luz Maceira.

Dialogando con la educación popular en “El Norte”

Liam Kane

Centre for Open Studies, Ionad an Oilein Fhosgailte
University of Glasgow | Escocia

<https://sites.google.com/site/populareducationinlatinamerica>
liam.kane@glasgow.ac.uk

Introducción

Las ideas educacionales de Paulo Freire tienen fama en todas partes del mundo; es por ello que se interpretan de maneras muy variadas, lo cual llega a ser problemático, pero al mismo tiempo saludable. Saludable, por la importancia de recrear y reinterpretar ideas, no simplemente copiarlas; problemático, al menos desde la perspectiva de la educación popular, porque con frecuencia se privilegia el aspecto

metodológico de Freire —crítica hacia la educación “bancaria”, uso de técnicas participativas— y se dejan de lado las bases político-filosóficas en las que se basa su pensamiento, como por ejemplo, que toda práctica educativa constituye un acto político. Al investigar la educación popular en “el Norte”, entonces, si una primera tarea es detectar la influencia de las ideas freirianas, la segunda es interrogar cómo se

interpretan: no todo lo que se autodenomina “educación freiriana” tiene que ver con la educación popular.

En el Norte la educación popular tiene su propia historia y trayectoria, pero el *boom* de la educación popular en América Latina a partir de los años setenta le impactó de manera muy significativa; un ejemplo son los casos de organizaciones no gubernamentales progresistas del Norte, que al apoyar proyectos de desarrollo en países latinoamericanos no solamente difundían las ideas de la educación popular, sino que las incorporaban en sus propias prácticas.

Este artículo recoge parte de la experiencia de la educación popular en el Norte, comparándola con la de América Latina, para que así tenga más sentido para los lectores de *Decisio*. Tomaremos en cuenta lo siguiente: a) el significado del término “educación popular”; b) la relación entre la educación popular y el Estado; c) el papel de los movimientos sociales; d) la práctica de la educación popular y e) lo que los del Norte y los latinoamericanos podrían aprender unos de otros.

Yo escribo desde el contexto europeo específico de Escocia en el Reino Unido, aunque muchos dirán que tiene más en común con el de los Estados Unidos que con el de sus vecinos más cercanos: por eso hablo en términos generales del “Norte”. Pero claro, el Norte tiene una variedad enorme de países, idiomas, culturas y sistemas político-económico-sociales. Con tanta variedad, puede que cualquier comentario generalizado no sea aplicable a muchos contextos particulares.

Significado del término “educación popular”

En español y portugués la palabra “popular” tiene connotaciones de clase social: un barrio “popular” puede llegar a significar un barrio “pobre”. En inglés, sin embargo, si “popular” antes significaba algo parecido, ya casi no es así: un *popular neighbourhood*, por ejemplo, es un barrio atractivo, donde muchos quieren vivir, más bien es ¡un barrio rico!

En años recientes, en Europa, se creó una importante red internacional de profesores universitarios comprometidos con la educación popular. Al principio asistían a sus reuniones personas con ideas tan distintas de lo que era la educación popular que a veces

costaba trabajo ver lo que había en común; en no pocas ocasiones esto llegó a provocar debates acalorados. Personalmente acabé por concluir que en los países de Escandinavia, por ejemplo, “educación popular” tenía que ver más con la educación convencional “abierta” al público que con los compromisos políticos.

Aunque en América Latina también hay diferencias de interpretación sobre el término “educación popular”, la mera traducción al inglés (y a otros idiomas) del concepto puede provocar confusión en el Norte: cuando aquí se habla de educación popular, antes que nada hay que dar y pedir precisiones acerca de lo que significa. En su importante estudio sobre la historia de la educación popular en Europa, Tom Steele concluyó que sólo los proyectos más radicales se aproximan a lo que se denomina como educación popular en América Latina.

La educación popular y el Estado

Cuando en los años setenta las ideas de la educación popular venían de América Latina hacia el Norte, lo que nos parecía diferente e inspirador era que esas ideas se desarrollaban y se ponían en práctica al margen del Estado, en movimientos sociales populares. Si eso se debía en parte a una escasez de oportunidades educativas ofrecidas por el Estado en América Latina, por lo menos una consecuencia positiva era que se podía repensar la educación desde sus fundamentos, incluso reconocer su esencia política, sin intromisión del gobierno.

En los países más ricos del Norte, sin embargo, donde se había ganado un mínimo de “Estado de bienestar” después de la Segunda Guerra Mundial, que incluía servicios gratuitos de salud y educación, cuando se habla de “educación”, por definición se entiende como “educación del Estado”. Lo bueno del Estado de bienestar es que ha logrado ofrecer una cierta educación para todos; lo negativo es que el sistema generalmente refleja los valores de las clases sociales dominantes. A un educador empleado por el Estado, por ejemplo, para que sea “profesional” se espera, si no se exige, que adopte posiciones políticamente “neutrales” en su trabajo, cosa imposible según

los principios de la educación popular. Dada la casi omnipresencia del Estado y su control más o menos sutil sobre los currículos, el reto para muchos educadores radicales en el Norte ha sido pensar cómo se podrían vivir y aplicar los principios de la educación popular dentro, y no fuera del Estado. A diferencia de algunas experiencias de educación popular en América Latina, entonces, en el Norte la educación popular nunca sustituye a la educación del Estado: trata de influirla "desde adentro" y lo que ofrece "desde fuera", en movimientos de la sociedad civil, se considera algo adicional, complementario y diferente.

En paralelo, en el campo político, como la época de los setenta y ochenta se caracterizó por una falta de democracia formal en muchas partes de América Latina, estaba claro que para conseguir el cambio social no había más remedio que emprender iniciativas desde fuera de las instituciones formales del Estado; ello explica el crecimiento de diferentes tipos de movimientos sociales, "las escuelas" de educación popular, que hasta hoy tienen un papel importante en la lucha para el cambio social. A diferencia de América Latina, sin embargo, en muchos países del Norte, las llamadas "democracias capitalistas", es decir, la democracia representativa, funciona como "el opio del pueblo", como decía Marx con referencia a la religión. Es decir, hemos internalizado la idea (¿el mito?) de que al tener la suerte de vivir en una democracia, la única forma de conseguir el cambio es por el voto. Pero sólo se vota una vez cada cuatro o cinco años, esto es, las opciones son limitadas; además, al ser elegido un político éste no tiene que cumplir lo que prometió, de manera que detrás de las apariencias democráticas quedan la dictadura del mercado y los verdaderos gobernadores, los dueños del poder económico. Ken Livingstone, exalcalde de Londres, dijo en una ocasión que si el voto cambiara las cosas, lo abolirían. No niego la importancia de los procedimientos formales democráticos, pero si creemos ciegamente en sus poderes mágicos no seremos capaces de ver otras formas de actuar, formas de ser más "sujetos", menos "objetos" del cambio social.

Cuando visité México a principios de los años noventa, conversé con educadores populares que

empezaban a trabajar menos con movimientos sociales y más con el nuevo partido político, el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Pensaban que por primera vez habría elecciones limpias y que por esa vía sería más productivo perseguir el cambio social. Me quedé decepcionado. Lo que me había inspirado de la educación popular en América Latina era precisamente la forma en que acompañaba acciones que no se dejaban restringir por procedimientos formales del Estado: mi experiencia había sido que la democracia formal podía servir para controlar y limitar la democracia participativa. Justamente cuando pensaba que aquí debíamos aprender de ustedes, de cómo promover a través de la educación un mayor protagonismo de los "sujetos" y no dejar las decisiones a los políticos, parecía que algunos de ustedes querían lo contrario.

Desde entonces creo que el tema de la relación entre la educación popular y el Estado —tanto en América Latina como en el Norte— es algo que siempre hay que analizar con los ojos y las mentes abiertos.

Educación popular y movimientos sociales

Ya hemos visto que históricamente el *boom* de la educación popular en América Latina acompañaba y formaba parte del desarrollo de movimientos sociales "populares", y que en el Norte, por contraste, "educación" era casi sinónimo de "educación del Estado". En este marco, entonces, ¿dónde caben los movimientos sociales del Norte?

Cabe ahora mencionar otra diferencia con América Latina. En los Estados de bienestar y las economías capitalistas desarrolladas, generalmente se ha caracterizado a los movimientos sociales "de clase media" como movimientos "sociales", pero no "populares"; más que preocuparse por la satisfacción de las necesidades básicas, estos movimientos pretenden profundizar la experiencia democrática y mejorar la calidad de vida en sociedades post-materialistas; en sí, estos movimientos no necesariamente se identifican con los valores de la educación popular. Comparados con sus equivalentes en América Latina, los que se han nombrado "nuevos" movimientos sociales,

como los enfocados en la etnia, el género o la ecología, por ejemplo, generalmente se preocupan muy poco por cuestiones de clase social.

Pero ¡cuidado!: hay mucha variedad de movimientos y por definición siempre están cambiando. Últimamente, además, con los problemas causados por las crisis bancarias y las políticas de austeridad, de un día a otro pueden aparecer (y desaparecer) movimientos más relacionados con temas de sobrevivencia. Esto se ha visto mucho en Europa con “los indignados”, en España, por ejemplo, y su equivalente en Grecia.

Entendida en su acepción amplia, la educación sí cumple un papel en los movimientos espontáneos; los que participan quieren auto-educarse, y educar al público, pero hasta qué punto se aprende o se enseña conscientemente, de manera planeada y explícita, parece ser muy variable. Puede que no pase nada, o que se organicen, como se hizo en la Plaza del Sol en Madrid, clases, talleres y hasta cursos gratis en la calle, donde todos aprenden y enseñan a la vez; estos ejemplos contienen rasgos muy parecidos a los principios de la educación popular. Pero, ¿podemos decir que en el Norte existe, como en América Latina, algo que se podría denominar “movimiento” de educación popular?

Se ha documentado que, por un lado, están pasando muchas cosas en el campo de la educación de adultos para el cambio social; a lo mejor, incluso, está pasando mucho más de lo que se sabe. Por otro lado, hasta qué punto esto se relaciona con una teoría articulada de la educación popular es muy variable: a veces el aspecto educativo de una lucha se entiende explícitamente como educación popular por los involucrados; a veces se le califica con otros adjetivos, como educación “de trabajadores”, educación “anti-racista”, “feminista” o “medioambientalista”; a veces se entiende solamente como la educación informal, que se experimenta en la acción, a lo que luego otros pondrán el título de educación popular. También se podría decir lo mismo en América Latina, por cierto, pero en general el uso explícito del concepto “educación popular” es mucho más común allá que acá.

Independientemente de la identificación explícita con las teorías de la educación popular, el grado

de organización y articulación de las diferentes iniciativas educativas para promover el cambio social progresivo cambia de país en país; pero al menos respecto de lo que sucede “afuera” del Estado, la organización parece mucho más débil en el Norte que en América Latina, aunque dada la importancia del Estado en la provisión de servicios, no es de extrañar. En el Reino Unido, los movimientos de educación alternativa fueron muy fuertes en el pasado, antes de la guerra, pero ahora están mucho más débiles, a pesar de los esfuerzos, en parte inspirados por América Latina, para resucitarlos.

La práctica de la educación popular

En los años setenta y ochenta, la metodología de la educación popular latinoamericana llamaba mucho la atención por aquí: partir desde la práctica, los temas generadores, las técnicas participativas, las ideas de Augusto Boal y todo lo demás. Por un lado, eran y siguen siendo formas de práctica que inspiran a los educadores populares; por otro lado, se identificaban tanto con la educación popular que a veces se reducían a eso, y nada más. Como en América Latina, en el Norte se ha tenido que reafirmar continuamente que el uso de prácticas y metodologías participativas no significa que se esté practicando la educación popular; que éstas no son más que herramientas al servicio de quien las usa, como un martillo puede servir para construir una casa o para atacar a una persona. De hecho, muchas técnicas participativas han sido incorporadas a los manuales, prácticas y agendas del mundo empresarial, es decir, de aquéllos que luchan para que otro mundo *no* sea posible. Si en algún momento se podía aislar e identificar claramente *una* práctica o *una* metodología de la educación popular, creo que esto ya no es vigente; las ideas metodológicas que antes fueron una exportación innovadora de América Latina, ahora han sido incorporadas a nuestras prácticas también. En resumen, en cuanto a las metodologías o a las formas de practicar la educación popular, creo que en el mundo hiperglobalizado de hoy todos encontramos inspiración en las mismas fuentes y

hay menos diferencias que antes entre las prácticas en América Latina y el Norte.

Aprendiendo unos de otros

Los que tratan de hacer educación popular en el Norte han aprendido mucho de la experiencia latinoamericana, sobre todo con relación a los principios generales y las técnicas metodológicas; en este sentido, deberíamos aprender más sobre cómo fortalecer un movimiento de educación popular. En cuanto a aprender de ejemplos concretos, no es siempre obvio lo que hay que hacer. Si tomamos el caso del Movimiento Sin Tierra (MST) en Brasil, por ejemplo, un movimiento muy grande que ha creado un curso radical, experimental e independiente para formar a sus propios educadores, ¿qué aprendemos de eso cuando no existen movimientos similares en el Norte, cuando la formación de los profesores siempre se ha considerado una tarea del Estado? Es pura especulación, aunque sí estimula nuevas y creativas formas de repensar nuestras prácticas, algo siempre positivo.

¿Y pueden los latinoamericanos aprender algo de la experiencia del Norte? Sí, porque el estudio comparativo de la educación siempre provoca nuevos pensamientos creativos y laterales, aunque los contextos sean diferentes y las lecciones no sean ni obvias ni inmediatas. Estoy convencido de que en un aspecto particular el Norte tiene algo que ofrecer al Sur: lo que hemos aprendido de la relación entre la educación popular y el Estado.

Terminada la época de dictaduras y guerras sucias en la historia reciente de América Latina, se presentaron oportunidades para trabajar menos con los movimientos *fuera* y más con proyectos *dentro* del Estado, como en el caso mexicano. Es claro que los educadores populares tienen que trabajar dentro del Estado, pero según la experiencia en el Norte, hay cuatro cosas que vale la pena tomar en cuenta cuando se considera dónde dirigir los esfuerzos, dentro o fuera del Estado:

1. Históricamente diferentes gobiernos decidieron apoyar movimientos de educación radical con

el fin de quitarles su radicalismo. En el Reino Unido, en 1925, los conservadores defendieron la decisión de patrocinar asociaciones independientes de educación radical, diciendo que era dinero bien gastado, en el sentido de que lo consideraban como la mejor forma de controlar a los trabajadores y actuar de policías. Y así fue.

2. La tendencia del Estado es de cooptar movimientos de una manera u otra. Actualmente la distribución de fondos en la Unión Europea para la educación de adultos, por ejemplo, lleva restricciones que limitan las actividades a lo que Steele llama "primeros auxilios sociales", que no se aproximan en nada a lo que hacen muchos movimientos en América Latina.
3. Una vez desaparecido, es muy difícil resucitar un movimiento independiente de educación popular, como muchos hemos descubierto en Europa, tratando de hacerlo. Del Norte les diría que con el deseo de influir en el Estado desde adentro, no dejen de cuidar y sostener al mismo tiempo el trabajo independiente que hacen por fuera, con movimientos.
4. Sería interesante examinar cómo en el Norte, en contextos diferentes, los que se comprometen con la educación popular consiguen, a pesar de todo, hacer algo imaginativo "dentro y contra el Estado", como a veces decimos.

Gracias por la invitación a colaborar con *Decisio*. Les deseo mucha suerte en su trabajo educativo maravilloso que ha sido tan inspirador para tanta gente en tantos países diferentes del mundo. Un abrazo desde el frío de Escocia.

Referencia

- STEELE, T. (2007), *Knowledge is power!: The rise and fall of European popular educational movements, 1848-1939*, Bern, Peter Lang.